

(Relato 3)



# Invasión

18 de septiembre de 1968

---

Jorge A. Villamil Rivas  
[joalvillamil@yahoo.com.mx](mailto:joalvillamil@yahoo.com.mx)

---

**P**or aquellos días de septiembre, la conciencia de una injusta situación social y política en el país, crecía dentro y fuera de las universidades. Lazos humanos solidarios se extendían y las banderas democráticas capturaban y cautivaban a los espíritus jóvenes. Aquellos escolares que unos días antes jamás pensaron

que debían ser, primero que todo, hombres, seres humanos y no “máquinas-hora”, técnicos unidimensionales y deshumanizados, ahora recibían en su seno a los representantes del intelecto y, lo que es más, los escuchaban, cuestionaban y ovacionaban.

En mi facultad, escuela tradicional y triste fábrica de tornillos y tuercas, una tarde de

aquellas, el 18 de septiembre, el auditorio colmado de alumnos y maestros aplaudía a uno de los escritores<sup>1</sup> severamente críticos que los hacía vibrar con su mensaje disidente, su voz de promesas a la inteligencia y su palabra de intelectual. Le oían decir que el ser humano tiene fines más altos que el simple consumo de bienes para su personal satisfacción, que la libertad no es eso que consta en un código legal sino es la realización de la propia persona, lo que se consigue cuando el individuo se perca de sus necesidades y se coloca para satisfacerlas; que la protesta social sólo se produce cuando existen causas para que ésta surja; que nada es espontáneo y nada nace de la nada, que todo tiene origen, esencia y contenido; que aquélla revuelta estudiantil era el más importante gesto de humanización que este malhadado país vivía desde hacía ya casi medio siglo. Sus conceptos eran firmes, claros y los futuros contadores (¡contadores!)<sup>2</sup> querían profundizar más y más en ellos, el tiempo de la charla crecía pero se hacía pequeño. La conferencia excedía ya de dos horas, sin embargo, no se notaba en la audiencia ningún síntoma de aburrimiento y, por el contrario, el entusiasmo se prolongaba y se proyectaba en el gesto, en la actitud.

El escritor en un anecdótico arranque emocional se atrevió a decir que la Universidad, por ser el centro máximo de la cultura

en el país y por no ser el gobierno mexicano tan imbécil como las dictaduras latinoamericanas, estaba protegida del peligro de una ocupación militar; las palabras recientes de un secretario de estado reafirmaban su pensamiento: “el conflicto se resolverá por las vías pacíficas”, dijo el funcionario y no había un motivo para dudar de tal aseveración. Además, la Ciudad Universitaria era “el territorio libre de México” y la tropa no podía recibir órdenes de ocupación, por lo tanto la Universidad continuaría siendo núcleo de la nueva y floreciente rebelión ciudadana.

El maestro decidió terminar su conversación dejando asentado que la realización de los seres humanos solo podía efectuarse mediante la comunicación y que las asambleas, los mítines, los diálogos llevaban ese espíritu de colectividad:

Hemos permanecido mucho tiempo silenciosos y tenemos necesidad de decirnos muchas cosas. Ya no debemos callar. La Universidad nos pertenece, la hemos conquistado, ahora vayamos al pueblo y dialoguemos también con él.

El aplauso final se prolongó por minutos al cabo de los cuales se comenzó a desalojar el auditorio. Algunos permanecimos en nuestros respectivos lugares esperando la exhibición de un filme documental acerca de las grandes manifestaciones populares de los

## Jorge Alberto Villamil Rivas

Realizó sus estudios de licenciatura en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y estudió la maestría en Filosofía de 1996 a 2000. Es profesor jubilado Titular “C” de Tiempo Completo del Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel Azcapotzalco de la UNAM, de 1973 hasta 2019. Ha sido Consejero Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México en el período de 1988 a 1993. Ha impartido numerosas ponencias y conferencias y publicado libros, ensayos y materiales de estudio entre los que destacan *Ensayos filosóficos*, *Clásicos de la Filosofía*, *Introducción a la Filosofía*, editados por la UNAM y la SEP. Así como su libro *El Movimiento Estudiantil de 1968* (Editorial Claves Latinoamericanas, 1995). El profesor Jorge Villamil Rivas también ha sido articulista del Diario *Uno Más* *Uno* de 1984 a 2003 y del *Semanario Cómo* de 1988 a 2001. Fue miembro de la dirección fundadora de la *Preparatoria Popular* de 1968 a 1972.

días pasados<sup>3</sup>, como era una filmación de aproximadamente 15 minutos de duración no saldríamos tan tarde, pues apenas iban a ser las diez de la noche.

Tal como se había planeado, pero con algún retraso debido a la extensión de la conferencia, el filme se exhibió. Era sencillo pero impresionante. Las masas sonrientes y entusiastas, con ingeniosos carteles, marchaban en filas interminables ante la cámara. Se veía, no se oía pues carecía de sonido, cómo cada contingente gritaba las más variadas consignas. El espíritu revolucionario parecía saltar a la vista.

Una de las escenas más significativas y quizás hasta jocosa, pues precisamente por la carencia de sonido los gritos debían interpretarse, fue aquella donde se veía una casa pe-

riodística ubicada en el Paseo

de la Reforma y frente a ella desfilaban una tras

otra las diversas secciones de la inmensa

manifestación popular estudiantil, gri-

tando con los puños en alto exactamente

lo mismo “Prensa vendida”, “Prensa

vendida”. El auditorio hacía sus

comentarios:

unas veces sonreía y otras veces

admiraba. El filme, en su sencillez,

resultó sumamente valioso.

Cuando concluyó, una nueva ovación vibró

en el auditorio. Eran ya las 10 de la

noche y se hacía necesario el retorno al hogar. En la puerta de la escuela aún estaba el profesor conferencista conversando con cerca de 30 muchachos, mientras, en el interior, se encontraban otros más realizando distintas actividades, desde guardar los aparatos de cine hasta discutir lo que se había visto y oído. Tal parecía que fuera aún de día.

Rumbo a la salida, caminando por la escuela de Economía<sup>4</sup>, un estudiante enloquecido, con desesperación en el rostro, gritaba mientras corría “¡el ejército, el ejército, ahí viene el ejército!” Con indignación le reprochamos que anduviera causando ese tipo de alarmas y le ordenamos severamente que se callara. Había mucha gente en todas las escuelas y no debían interrumpir nuevamente sus labores para huir por una falsa alarma. El estudiante se anonadó y sólo musitó: “Están en Taxqueña y Avenida Universidad, vienen para acá”.

En la Facultad de Derecho la inquietud era similar, decenas de jóvenes se movían de un lado para otro con una rapidez increíble tratando de salvar los mimeógrafos, las máquinas, algo de papeles... Ellos también hablaban de la presencia inminente del ejército en las escuelas ¿Cómo era eso posible? ¡La Universidad es Autónoma! ¡Las palabras del ministro...!

La huelga nació a principios del mes de agosto<sup>5</sup> y trajo consigo una notable transformación en el pensamiento de muchos, muchísimos estudiantes. Durante el período de la lucha florecieron actos de cultura, de arte, de manifestación de la conciencia social recién adquirida. Verdaderos ideales movieron por largo tiempo a la juventud. Un caso lo ejemplifica: en las escuelas de Medicina y Filosofía, ubicadas en cada extremo de Ciudad Universitaria, se habían instalado grandes bocinas desde las cuales se informaba constantemente lo que ocurría, se leían manifiestos y se transmitían “canciones de protesta”, poemas y discursos.





El sonido era ininterrumpido desde la mañana hasta altas horas de la noche y siempre había algo importante que escuchar. Esa noche, mientras el descontrol y la agitación cundían por toda la Universidad, a través de la bocina de la escuela de Medicina se escuchaba el eco de alguna canción revolucionaria, pero, conforme se avanzaba hacia el lado contrario y se menguaba el sonar de aquella canción, se iniciaba el eco de otra similar por la bocina que partía desde la escuela de Filosofía. De pronto, el micrófono de Medicina dejó de enviar sonidos y solo quedó en el aire la canción que partía de Filosofía.

Algunos jóvenes pasaron corriendo por los prados interiores llevando consigo cobijas, guitarras y algunas máquinas de escribir. Por la zona de los estacionamientos se notaba un exceso de precipitación, los automovilistas se interrogaban mutuamente acerca de la veracidad del rumor... ¿El ejército en la Universidad? ¡Inconcebible!

A pesar de la ahora inminente llegada de la tropa, algunos elementos de los comités de lucha todavía tenían el impulso de la actividad, de la solidaridad: en varias escuelas se dedicaban a destruir todo aquello que el ejército pudiera llegar a usar en contra de los compañeros: volantes, estenciles, carteles, planes organizativos...

Cerca del edificio de la Rectoría, se advertía la presencia de varios jóvenes en franca carrera hacia la posible salvación. Se dirigían hacia el pedregal de San Ángel por las salidas que conducen al estadio, donde pocos días después sería el marco alegre de la Olimpiada.

En cualquier rincón de la Universidad las escenas eran similares. La reunión de los dirigentes estudiantiles (CNH, Consejo Nacional de Huelga) había sido disuelta cuando apenas se iniciaba en la Facultad de Medicina. Padres de familia se habían visto en la misma necesidad de disolverse cuando terminaban su propia

reunión. En general, toda actividad se veía interrumpida por el azoro y la confusión.

Un jeep militar apareció de pronto, al frente de decenas de vehículos militares, irrumpían por la entrada principal de la avenida Universidad y lo mismo ocurría en los accesos ubicados por Medicina y por Arquitectura, lo que significaba que la Universidad estaba sitiada. Algunos tanques, como los que hemos visto en las filmaciones de la Segunda Guerra Mundial, obstruían las salidas de los automóviles.

En los camiones del ejército se podía observar el brillo refulgente de las ametralladoras y de las bayonetas que portaban los soldados. El proceso de ocupación era impresionante. Muchos sólo habíamos visto ese aparato bélico como algo lejano y sin real utilización. “El ejército está para defendernos del enemigo...” Y ahora ya existía el enemigo: la Universidad, el Politécnico, la cultura, la disidencia...

La radio de filosofía transmitía una canción de protesta cuando se oyó, a través del micrófono, un ruido de movimientos precipitados, se suspendió la música y una voz alertó: Compañeros estudiantes: el ejército está haciendo su entrada en el último territorio libre de México, el ejército está ocupando la Universidad. Continuaremos en la lucha. Dejamos de transmitir... ¡Viva el movimiento estudiantil! ¡Viva la Libertad! ¡Hasta la Victoria siempre! Y después del silencio, el nudo en las gargantas, las lágrimas en los ojos...

Al caminar por la escuela de Economía pude ver cómo descendían de los camiones militares decenas de soldados, que de inmediato se formaban por secciones y se lanzaban en paso veloz hacia las escuelas. El ruido de cristales que se rompían comenzó a generalizarse, las órdenes a difundirse... Las tropas pudieron practicar sus conocimientos y habilidades sobre el arte de la guerra... en bibliotecas, oficinas y salones de clase.

El espectáculo de transportes militares en adecuada formación para una mejor ocupación del territorio conquistado, de soldados que marchaban con paso veloz embrazando un rifle, de postas armadas custodiando las entradas de los edificios colegiales, de tanques bloqueando entradas, de comandantes ordenando a subalternos, del nerviosismo del soldado raso que espera encontrar en cualquier momento una agresión de bombas, ametralladoras o rifles, contrastaba con la impasible serenidad de las escuelas que por la pintura de sus muros gritaban: “¡Libertad, Justicia, Constitución!”, lo cual desentonaba con la sombría tristeza y la estoica indignación de los estudiantes y maestros que quedábamos dentro del cerco tendido por las tropas, para evitar la huida del enemigo.

El movimiento interno era intenso pero callado, los únicos ruidos que se oían eran los del

correr de las botas, de los cristales que se rompían y de las voces que ordenaban. En la lejanía se oía el eco de las porras a la Universidad y de las consignas de libertad.

El cielo estaba despejado. Caminé por la explanada de humanidades observando los duros rostros de los soldados que quedaban en la entrada de cada escuela, mientras otros se internaban con violencia en ellas. Estudiantes solitarios trataban, también sin éxito, de hallar algún sitio por donde salir. De pronto, divisé un grupo de civiles a la altura de la pequeña escalinata que conduce a la terminal de autobuses, erróneamente supuse que se organizaban y me dirigí a ellos. Al acercarme, un soldado me apuntó con un rifle y ordenó: “Métase ahí con las manos en la nuca”, y entonces descubrí que aquél grupo al que me invitaba era de “prisioneros de guerra”. En seguida, a los apresados comenzaron a registrarnos para ver



si portábamos armas, luego nos formaron en tres filas y nos volvieron a registrar, nos hicieron caminar, siempre bajo la mira de los fusiles.

Al llegar cerca del edificio de Rectoría, nuevamente nos revisaron. Allí, en ese sitio, irrumpieron múltiples fotografías que parecían solazarse tomando una y otra vez las imágenes que al día siguiente aparecerían en la prensa de todo el país y de todo el mundo. Algunos estudiantes comenzaron a simbolizar con sus dedos la ya entonces expresiva “v” de la victoria y así aparecieron sus retratos en los periódicos. Reanudamos la marcha en medio de una verde y armada valla hasta llegar al sitio donde la bandera ondeaba a media asta, y allí tras una nueva rebusca nos ordenaron sentarnos y permanecer con las manos en alto sobre la cabeza.

Una dulce voz femenina comenzó a cantar algo tierno y lleno de esperanza, algo que preguntaba: “¿En dónde está la libertad?”, para contestar: “la respuesta está en el viento”. El inquieto estudiantado se serenó y guardó el más impresionante y respetuoso silencio que yo recuerde. La voz femenina continuó con su canto a pesar de la mirada hosca de los confundidos militares, mientras los ojos de los prisioneros reflejaban un orgullo inmenso. La voz dulce, la voz femenina, era escuchada con mucho sentimiento, con el corazón.

Cuando concluyó aquella sensible tonada, se comenzó a generalizar el canto entre los prisioneros, se coreó la entonces célebre “Balada del revolucionario” y algunos otros corridos de la Revolución de 1910. La confianza entre los estudiantes creció y las voces empezaron a elevarse. La inquietud entre los soldados, quienes reflejaban en sus ojos una inmensa interrogación, era visible. Los oficiales se acercaron y tras una mirada examinante y una breve consulta, ordenaron el silencio y que adoptáramos una nueva postura, ya no debíamos estar sentados, ahora debíamos colocarnos boca abajo con las

manos hacia enfrente y en silencio. No hubo tiempo ni modo de protestar. Una actitud de advertencia indicaba que la orden debía cumplirse de inmediato, y así se hizo.

Transcurrieron muchos minutos y se dieron muchas situaciones, algún soldado amable, y quizás compungido, ofrecía cigarros y hasta sonreía amigablemente, mientras otro insultaba amenazante.

El destino se complicaba: ¿qué podría ocurrir?

Mientras este pensamiento giraba en el cerebro, otra voz de mando ordenó el saludo militar para que algún oficial iniciara alguna rutinaria ceremonia para arriar la bandera que ondeaba a media asta en la explanada, desde aquél día en que algunos estudiantes cayeron tras defender el edificio de su preparatoria cuando era tomado a sangre y fuego mediante el disparo de una bazuca.

Alguno de los prisioneros habló recio: “están arriando la bandera”, y todos nos pusimos de pie. Los soldados se estremecieron pero comprendieron que no se trataba de atacarlos y permanecieron en su vigilante posición. Un notorio sentimiento se manifestó en los jóvenes y algunos, mientras dejaban resbalar lágrimas, comenzaron a entonar el himno nacional. La vibración de aquel canto en aquellas circunstancias hizo que se comprendiera perfectamente el significado de las estrofas.

El silencio se volvió a enseñorear de la Universidad cuando regresamos a nuestra posición en el suelo y las mujeres permanecían sentadas. Los soldados estaban confundidos. A lo lejos, por el camino que llega hasta la terminal de camiones, comenzaron a verse una tras otra las camionetas de policías y granaderos, que en el lenguaje popular se conocían como “julias”. La mirada despectiva se generalizó entre los estudiantes. “Ya están allí los valientes guardianes de la justicia”, dijo alguien.

A través de cuatro meses intensos de lucha quedó en claro el significado de las fuerzas militares y policíacas en un país como el nuestro. Allí, frente a los edificios levantados para significar la cultura, la educación superior, la hermandad universal, se contoneaban los soldados mientras se amedrentaba al que enseña y al que aprende. La inutilidad de un ejército ante el exterior quedó compensada por su utilidad frente a su propio pueblo.

La ausencia del uniforme azul frente al crimen o el pandillerismo se compensaba por la eficaz presencia contra los derechos políticos y la Constitución. Ahora sí, frente a las aulas aparecían los numerosísimos elementos encargados de custodiar, de garantizar la justicia y el derecho. Más de diez mil soldados con armamento completo (quizás hayan olvidado los cañones antiaéreos) y toda la gama de policías que normalmente deberían encargarse de vigilar que no haya arbitrariedades ni injusticias en la ciudad, estaban presentes en la ocupación de aquella fortaleza del mal. El granadero no podía estar ausente: le dijeron analfabeto. El policía no podía faltar, le dijeron chantajista. El agente de tránsito tenía que estar presente: le dijeron “mordelón”... ¿Y el ejército?... él era el ofendido, le dijeron ¡asesino!... Allí estaba concentrada toda la represión. La bota gubernamental asesinaba así a sus propias leyes, su propia palabra, su propia demagogia. Un mito se derrumbaba ante la imagen histórica de tanques y uniformes frente a la Rectoría, y ante el oficial y el soldado raso de *pie* sobre profesores y estudiantes con las manos en la nuca extendidos en el suelo.

Lo último que pude ver en aquellas horas negras fue la verde valla que custodiaba a otros prisioneros que eran conducidos, uno por uno, desde su lugar en el suelo hasta su asiento en la camioneta. Mientras los iban llevando, las mujeres, haciendo una vez más gala

de compañerismo y valor volvieron a entonar canciones de contenido profundo y humano, con las manos haciendo la “v” despedían a los que ya iban sin destino conocido. Desde mi lugar en la camioneta (la “julia”) escuché los últimos ecos de aquella música. La voz hosca de algún policía me sacó del estado de ensueño y cuando me alejaba ya de la Universidad, por la pequeña ventanita alcancé a mirar todavía un enorme tanque ¡un tanque! increíble para aquéllas circunstancias. Así era y sin embargo el cielo seguía despejado. Era un mes de septiembre el mes de la patria.

## Notas

- 1 Martín Dosal.
- 2 Los contadores eran considerados como reaccionarios, conservadores.
- 3 Filmación precursora de *El Grito* o quizás parte inicial y en proceso de la misma.
- 4 Actualmente la Facultad de Contaduría se encuentra en otro circuito. La Facultad de Economía se ubica hoy en el viejo edificio de los contadores. A su vez, el edificio que ocupaban los economistas hoy pertenece a la Facultad de Derecho.
- 5 La huelga como tal inicia en agosto, pero el hecho que dio origen al movimiento se puede fechar el 23 de julio, día en que el IPN sufrió una agresión policíaca. Pocos días después, el 26 de julio, a la protesta política se sumó la represión a una manifestación de conmemoración de la revolución cubana que generó una diversidad de reclamos también reprimidos violentamente.

